

ya antes de las bodas existía cierta enemistad entre los novios: el príncipe evitaba la compañía de su novia y de la madre de esta, con la cual tenía serios altercados, mostrando en cambio su afición á la compañía de los lacayos de la corte y á los juegos infantiles de toda clase, mientras Catalina se hacía traer libros de la Biblioteca de la Academia, que leía con gran aplicación, y estudiaba con afición suma el idioma ruso.

Mientras Catalina se mostraba muy considerada en todo y para con todos, y no hacía nada sin antes meditarlo muy detenidamente, pues comprendía cuán difícil era su situación, el príncipe, como la joven justamente observa, era «discreto como un cañonazo» y decía muy tranquilamente á su novia que su ayuda de cámara le había aconsejado que tratara con dureza á su futura esposa y no la dejara mezclarse en sus asuntos, pues era indigno de un hombre dejarse guiar como un imbécil por una mujer. Otra vez el príncipe envió á decir á su novia por un criado que vivía demasiado lejos de él para que la visitara á menudo (1).

Catalina cuenta la angustia con que miraba al porvenir y lo mortificada que se había visto en su orgullo, sin exhalar á pesar de ello una queja contra nadie. La idea de inspirar compasión la aterrorizaba: á solas lloraba mucho, pero ocultaba la verdadera causa de sus lágrimas cuando alguna camarista se enteraba de su aflicción. Consolábase con la esperanza de hallar la solución del problema que se había planteado, á saber: atraerse las simpatías de todos ó, por lo menos, de muchos. «No me mezclaba en nada, decía; mi rostro parecía siempre tranquilo: mucha deferencia, atención y cortesía para con todos, y como mi condición era alegre, veía con gusto que de día en día iba captándome las simpatías del público que me consideraba como una interesante criatura, no falta de talento (2).»

Entre el gran príncipe y su novia no podía haber mas antagonismo que el resultante del hecho de que el sucesor á la corona gustaba de jugar con muñecas y de alternar con los criados, al paso que la princesa era una «niña» que, como ella misma dice, «procuraba con todo su celo atraerse las simpatías del público.» Mientras Stählin decía de su educando que había perdido todo el tiempo del noviazgo en juegos (3), Catalina se dejaba interesar por el conde Syllenberg en la lectura de las obras de Plutarco, Ciceron y Montesquieu, que aprendía con rapidez suma. El siguiente episodio demuestra la formalidad de Catalina, la cual pudo en años posteriores decir con razón: «Tenía quince años y para esta edad era yo bastante sencilla y aplicada.» «El conde Syllenberg me decía: una filósofa de quince años no puede conocerse á sí misma; y yo estaba tan rodeada de peligros que él temía que yo fracasara en mi intento si mi espíritu no era muy elevado.... Dijele yo que quería hacerle un retrato de mí misma tal como yo me conocía para que pudiera ver si me conocía ó no. En efecto, tracé mi imagen en un trabajo que titulé «Retrato de una filósofa de quince años» y lo puse en sus propias manos. Muchos años despues, es decir en 1758, encontré este retrato y me admiré el conocimiento de mí misma que revelaba. Al cabo de algunos días el conde Syllenberg me devolvió mi trabajo, del cual ignoro si se quedó con copia, acompañándolo con una docena de páginas llenas de reflexiones en las cuales procuraba fortalecer mi grandeza de alma y mi fuerza de voluntad tanto como las demás cualidades de la inteligencia y del corazón. Muchas veces leí lo que el conde había escrito, aprendién-

(1) *Memorias de Catalina*, pág. 23.

(2) *Id. id.*

(3) *Tschtenija*, 1866, VI, Miscelánea, pág. 87-89.

dolo de memoria y proponiéndome formalmente seguir sus consejos. Prometimelo á mí misma y cuando me prometo una cosa la cumplo mientras puedo. Devolví, siguiendo sus deseos, el escrito al conde Syllenberg, y ahora comprendo de cuánto me sirvió para formar y templar mi alma y mi inteligencia (4).»

Ese episodio acaecido con el conde Syllenberg parece que fué de gran trascendencia en la historia de los progresos de Catalina, la cual, mas de veinte años despues, escribía al conde que le estaba muy agradecida porque el éxito que ella había alcanzado lo debía al estímulo que de él había recibido (5).

No faltaban, sin embargo, á la sazón cuidados y aficciones á la joven: tuvo desagradables disputas con su madre, la cual no solo con ella sino con todo el mundo seguía un proceder mezquino y desconsiderado: también existían ciertas disidencias entre ella y la emperatriz Isabel que echaba en cara á la princesa su afición al lujo. Despues de la pleuresía que había tenido en 1744 en Moscou, enfermó Catalina del pecho y se puso en extremo flaca. El príncipe había también sufrido una grave enfermedad, las viruelas, que habían desfigurado su rostro. «Se ha vuelto repugnante,» decía Catalina (6). «Comprendo perfectamente los pocos deseos que tiene de visitarme y la poca inclinación que hacía él siento,» añadía en otro pasaje de sus Memorias. Mas adelante, hablando de los preparativos de boda, decía: «Cuanto mas se acerca el día, tanto mas crece mi aflicción. Mi corazón no me anuncia felicidad alguna; solo mi ambición me sostiene firme. Siento en el fondo de mi corazón algo secreto que no me deja ni un momento dudar de que mas tarde ó mas temprano he de ser la emperatriz soberana de Rusia con un poder absoluto (7).»

Las bodas se celebraron en 25 de agosto de 1745: la pompa y el lujo que en tal ocasión se desplegaron fueron una imitación de las fiestas de corte de Versalles y de Dresde, de cuyos puntos había importado la emperatriz las prescripciones del ceremonial. Los festejos duraron diez días.

Poco tiempo despues, salió de Rusia la madre de Catalina, que había roto por completo con la emperatriz, y de cuyo alejamiento cuidó Bestusheff. Juana Isabel había esperado que se invitara á la boda de su hija á su esposo, el príncipe Cristian Augusto, pero esta esperanza quedó frustrada. Stählin opina que la emperatriz apresuró la boda, no tanto porque los médicos habían dicho que el estado de debilidad de Pedro no hacía esperar para él un año de vida, cuanto por alejar de la corte á la princesa Juana Isabel (8).

El padre de Catalina murió en 1747, y dice Catalina en sus Memorias: «Esta noticia me produjo gran sentimiento: durante ocho días me dejaron llorar cuanto quise, pero despues la señora Tschoglokkoff me manifestó que había llorado ya bastante, y que la emperatriz me ordenaba poner

(4) *Memorias*, pág. 27-28. En 1758 quemó Catalina con otros papeles este trabajo «á causa del desdichado asunto de Bestusheff.» En cuanto al escrito de Syllenberg, en vano lo buscó en Suecia el señor J. Grat en el año 1874; véase la revista *La antigua y la moderna Rusia*, 1875, I, 120.

(5) *He creído deber estaros obligada por mas de un concepto y si tengo algun éxito lo compartireis conmigo, pues vos habeis sido quien ha desarrollado en mí el deseo de llegar á hacer grandes cosas.* 1766. *Ilustración de sucesos históricos*, X, 157.

(6) *Memorias*, pág. 28.

(7) *Historia de Pedro III*. Londres, 1774, pág. 82 y Siebigk, página 103.

(8) *Tschtenija*, 1866, IV, Miscelánea, pág. 89.

término á mi llanto, pues mi padre no había sido rey (1).» La correspondencia de Catalina con su madre debía limitarse, segun mandato expreso de Bestusheff, á cosas generales, y en una postdata que puso en una de sus cartas, decía la princesa que en este punto no era libre (2).

Por conducto de cierto personaje, el caballero Sacromow, recibía de cuando en cuando secretamente cartas de su madre, á las cuales contestaba por igual intermedio, manifestándole que le habían dicho que una gran princesa rusa no podía escribir mas cartas que las redactadas en el ministerio de negocios exteriores, en las cuales no tenía mas que poner la firma (3). La madre de Catalina se trasladó en 1758 á Paris, donde murió sumamente afligida en 1760. Las relaciones de la princesa con su hermano, el príncipe Federico Augusto de Anhalt-Zerbst, eran en extremo frias é indiferentes. Ya en 1746 había renunciado

Catalina á todos sus derechos eventuales al principado (4). De suerte que cada día se aflojaban mas los lazos que habían unido á la ex-princesa Sofía Federica Augusta con su patria.

Rusia había de ser para ella una segunda patria.

Pero en el momento de su matrimonio, el porvenir no se le ofreció con caracteres muy halagüeños. Poco tiempo despues de las bodas escribía: «Mi querido esposo no se cuida para nada de mí: todo el día permanece en sus habitaciones haciendo el ejercicio con sus criados, para lo cual hay días que cambia veinte veces de uniforme. Yo bostezo y me aburro, pues no me es dado hablar con nadie, ó asistir á alguna fiesta pública (5).»

Catalina continuaba, aun mas que antes, sin poder contar mas que consigo misma. Por tanto se dedicó con nuevas fuerzas á completar su educación.

CAPITULO II

MATRIMONIO. ESTUDIOS. CAPRICHOS AMOROSOS

Lamentable estado de Pedro.—Su conducta indigna.—Lecturas de Catalina.—Conducta circunspecta de la princesa.—Historia del matrimonio.—Tirantez entre Pedro y Catalina.

Un antagonismo de carácter como el que entre Pedro y Catalina existía puede, en el bosquejo que de las cualidades del primero hace en sus Memorias la segunda, despertar la sospecha de cierta parcialidad en una exposición histórica de aquella clase. El retrato que la que despues fué emperatriz hace de su esposo produce el efecto de una caricatura; pero nosotros que estamos en condiciones de apreciar, por otras fuentes, la semejanza y fidelidad históricas, llegamos al resultado de que el bosquejo de Catalina era exacto. La dura crítica que la gran duquesa hace de la conducta del gran duque heredero hasta 1758 está confirmada por las relaciones de los contemporáneos y mas aun por la historia del gobierno y por la catástrofe de Pedro.

Desde el momento mismo de la boda, se hizo Catalina cargo de su situación y escribió acerca de ella: «Yo ví claramente que el gran duque no me amaba: catorce días despues de la boda me confesó que estaba enamorado de la señorita Carr, dama de honor de la emperatriz. Además decía á su ayuda de cámara que no había punto de comparación entre aquella dama y yo, lo cual hubo de contradecir el servidor: fué una escena que casi pasó en mi presencia. Entonces no pude menos de presentir que con tal hombre había de ser muy desdichada si mostraba para con él una ternura á la que tan mal correspondía, y que llegaría á morirme de celos sin utilidad para nadie. En su consecuencia procuré dominar mi amor propio y no ser celosa, para lo cual no había mas que un medio, á saber: no amarle. Si él hubiese querido ser amado, no me hubiera sido difícil

amarle, pues me sentía inclinada á él y además estaba acostumbrada á cumplir mis deberes; pero para ello era preciso que yo hubiese tenido un esposo que tuviera el entendimiento sano, y él no lo tenía (6).»

No es de extrañar que Catalina no encontrase placer alguno en los juegos y en las desordenadas diversiones de Pedro: ella misma refiere que su esposo se entretenía con un teatro de polichinelas, adiestrando perros, á los cuales maltrataba de un modo indigno, jugando con juguetes y muñecas, disfrazándose con sus lacayos, etc. Unas veces le destrozaba los oídos tocando el violín; otras la molestaba con los chasquidos de un látigo: en una ocasión la hizo levantar de noche para comer ostras con él; en otra imaginó el plan de convertir la corte en una especie de convento y de vestirse de capuchino, ordenando que la leña y el agua fuesen llevadas en borricos: obligó á Catalina á dibujarle el plano de una de estas casas creadas para fines religiosos: á menudo la obligaba á jugar á juegos de azar con monedas imaginarias; así una vez, entre otras, un gorro de dormir debía representar una suma de 10,000 rublos. Catalina escribe: «Por mas que estaba decidida á mostrarme amable y paciente con él, no podía disimular cuánto me aburrían sus visitas, paseos y conversaciones, tan insípidas como yo no he conocido otras semejantes. Cuando él me dejaba, el libro de mas insípida lectura me parecía un entretenimiento precioso (7).»

En las notas que, á manera de dietario, ha dejado Stählin, dice refiriéndose á los primeros años que siguieron al matrimonio del gran duque, que este pasaba el tiempo poniéndose uniformes, jugando á los soldados, y divirtiéndose con cosas

(1) *Memorias*, pág. 71.

(2) *En fin, esta es la explicación del enigma; al buen entendedor media palabra le basta. Adivinad, señora, si podeis y creed que yo soy siempre la misma. Ilustración de sucesos históricos*, VII, 70.

(3) Algunos interesantes detalles acerca de esto pueden verse en las *Memorias*, pág. 84.

(4) *Catalina II*

(4) *Siglo diez y ocho*, I, 34.

(5) *Memorias*, pág. 43.

(6) *Memorias de Catalina*, pág. 48-49.

(7) *Memorias*, 149.